



DIVINO REINO DE LA ORACIÓN

Por Norma Novoa

“Para ingresar al divino Reino de la Oración, menester es primero sentirnos orgullosos de Nuestro Padre y Señor, no atemorizados, no culposos. Recién entonces podremos entender el rezo, comprender la santidad de la meditación”

Ada Albrecht

Es un hecho que la mayoría de nosotros reza, pero, ¿hacemos oración? Rezamos de forma espontánea, o bien vamos a los templos, pero no hay un esfuerzo perseverante para vivir en la presencia de Dios. Se reza de forma espontánea, cuando viene el deseo de rezar; pero es otra cosa cuando uno toma la determinación de ingresar al “*Divino Reino de la Oración*”, como enseña Nuestra Madre. Hacer de la oración uno de los pilares de nuestra vida diaria es tomar un compromiso con Dios, y las disculpas que alegamos para no hacerlo ocultan nuestro miedo a entregarnos. En las obras de los Padres Ortodoxos encontramos muchas definiciones sencillas sobre la ora-

ción. Son diversas, y todas coinciden en una única afirmación: la verdadera naturaleza de la oración es inefable, el verdadero Maestro que enseña a orar es el Espíritu Divino que mora en nuestro corazón. En la oración el hombre se dirige a Dios con todo su ser, en un hablar sincero con Él, y constituye la condición natural del hombre espiritual y la perseverancia en ella nos hace descubrir en qué consiste el amor a Dios.

La oración, escribe Juan Crisóstomo, en la Filokalia, es “el puerto en la tempestad, el ancla de los náufragos, el tesoro de los pobres...; refugio en los males, fuente de fervor, causa de alegría, madre de la filosofía... ella es la luz del alma”. Para los monjes, la oración es indispensable como lo es el agua para los peces. “En el paraíso no llovía nunca (escribe Juan Crisóstomo), pero había una fuente, y de esta fuente se regaba el jardín para que diera flores y frutos. En el paraíso interior de nuestra alma existe una fuente parecida, y ésta es la oración”. Por tanto, se puede decir que el hombre crece espiritualmente al orar.

Teófano el Recluso prueba la necesidad “natural” de orar mediante la observación de la división antropológica, tradicional en Oriente. El hombre se compone de tres partes: “La parte del cuerpo, la del alma, la del espíritu; cada una de ellas tiene sus necesidades y sus fuerzas, así como sus modos de ejercitarlas”. El cuerpo reclama aquello que necesita. El alma despliega su actividad en el conocimiento, en el querer y en el ámbito del

sentimiento. ¿Y el espíritu? El espíritu ora. Por esto puede llamarse a la oración la “respiración del espíritu”. A través de ella, “el Espíritu Divino penetra todo lo que hay en nosotros y vivifica nuestra intimidad”. Puede decirse, entonces, que “la oración es el barómetro espiritual que nos permite conocernos a nosotros mismos... ¡Dime cómo rezas y te diré qué clase de devoto eres!” La oración es como “el espejo del monje”.

En la Filokalia, Gregorio el Sinaita expresa:

“Amante de Dios, permanece bien atento... Cuando, ocupado en tu obra, ves una luz o un fuego, dentro de ti o fuera, o la llamada imagen del Cristo, de los ángeles o de los santos, no la aceptes, porque correrías el riesgo de padecer por ella. Tampoco le permitas a tu espíritu que las forje. Todas estas formaciones exteriores intempestivas tienen por efecto perder el alma. El verdadero principio de la oración es el calor del corazón que consume las pasiones, y produce en el alma la alegría y el gozo y confirma al corazón en un amor seguro y un sentimiento de plenitud indudable.”

El poder de la oración que brota de un corazón sincero despierta en nosotros una suerte de ansia por lo divino que anida en lo más profundo de nuestro ser. Para llegar a este punto es necesario tener presente, como nos enseña nuestra Madre, “No poder tanto la atención en el cuerpo físico, la columna vertebral, los brazos, las manos, etc., que Dios acapare nuestro es-

tado de alerta y no ningún vehículo perecedero”. Para que esto ocurra es fundamental:

1. Fe: creer en Dios. En un Dios vivo y presente en todo, esa Fe que me dice Dios está aquí, en mí y en todo lo que me rodea.

2. Deseo inicial de orar y perseverancia. Esto es: determinación, valor, que se requiere para iniciar el camino de oración y para mantenerse en él. Esta determinación es necesaria para poder enfrentar las resistencias que vamos a tener. Éstas vienen tanto de nuestro interior y como del exterior.

3. Pureza de corazón Ser profundamente sinceros, ser auténticos, no orar porque es bueno. Esto implica que se debe ir a la oración desapegado. Y esto significa estar dispuesto a aceptar la manera que el Señor elija para encontrarse con nosotros: puede ser árida, fervorosa, sensible, contemplativa. En la oración debemos dar la vida, el ser. En una palabra: se va a la oración a "dársele" uno, todo entero, a Dios Nuestro Señor.

4. Vivir el presente. Hay que estar en el ahora: aquí está Dios y no necesitamos nada más.

En la oración debe haber una participación activa nuestra, esto es poner nuestro deseo y nuestra disposición, principalmente una actitud de silencio, es decir, apagar los ruidos mentales. Hay que orar con un corazón dispuesto. La participación de Dios escapa totalmente nuestro control, porque el Señor escoge cómo ha de ser su acción en el alma del que ora.

La efectividad de la oración no se mide por el número ni la intensidad de las gracias místicas. Se mide por la intensidad de nuestra transformación espiritual: crecimiento en virtudes, desapego de lo material, entrega a Dios, continuo aumento de nuestro amor por Él. Y recordemos: a orar se aprende orando. La única forma de aprender a orar es: orar, orar, orar. Y el Amor a Dios Nuestro Señor, vivir enamorados de Él es la más alta forma de oración.z.

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
